

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXVIII

NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA

No quise ser muy largo al hablar en mi plática anterior del amor que ha manifestado la Santísima Virgen á los hombres desde su Asunción. Esta es una tesis probada de antemano en todo corazón católico. Puede decirse que María ha atravesado todos los siglos haciendo bien. *Pertransivit benefaciendo*. La tierra toda con su animación, su devoción y sus fiestas, proclama en todos los puntos del orbe las maravillosas complacencias con que los ha favorecido en todas las épocas, pero tal vez en ninguna de ellas tanto como en la nuestra.

Efectivamente, en nuestros días hemos visto repetidos milagros. Acabamos de ver lo que pasa en Lourdes, y lo mismo podemos decir de la Saleta, donde se ha visto la aparición de la Reina del cielo, donde todos son testigos de millares de prodigios efectuados por su incesante amor. Esas manifestaciones sucesivas de la Santísima Virgen, acaecidas en los momentos en que nuestra patria corría grandes peligros, son una prueba grande de la tierna solicitud con que nos ve María y de los bienes inmensos que le debemos. La fe católica despierta y se afirma, como diría un militar, con tambor batiente y bandera desplegada.

Donde quiera que se levantan capillas, por todas partes resucita lo que dieron en llamar «costumbres de la Edad Media,» es decir, las romerías ó peregrinaciones. Los pueblos del Norte y del Mediodía se cruzan en las vías férreas, y algunas veces hacen parada en un mismo

punto; allí se saludan fraternalmente y sin conocerse se abrazan, porque se aman, y sus corazones laten unísonos en un común sentimiento de fe y de caridad.

Además, tan importantes demostraciones de hombres y mujeres, ostentando al aire libre sus creencias, han dado al enemigo un golpe de muerte, y hablo del enemigo que más víctimas ha causado tal vez en este siglo: me refiero al respeto humano.

Este cáncer fatal que corroe tantas almas débiles, sale de los antros de Satanás, que le considera el más poderoso de sus auxiliares. No habiendo conseguido el logro de sus deseos, el enemigo mortal de nuestra fe le reemplazó con la mofa y el sarcasmo. Y lo singular es, que los que jamás hubieran flaqueado tratándose de una lucha franca y abierta, retroceden y cejan ante un enemigo que no cuenta, para inspirar tanto terror, sino con la impotente malicia de una palabra ó de una simple mirada muchas veces más bien necia que maliciosa.

Avergonzarse de confesar la fe de Jesucristo; negarse á defenderla cuando más necesario es; renunciar á las prácticas religiosas; esconder sus sentimientos religiosos y sus creencias, simplemente por no desagradar, por temor de comprometerse y provocar la risa de los incrédulos; en una palabra, hacer que se desprecie la voluntad de Dios y someterse al capricho humano, poner el mundo antes que Dios, he aquí lo que se entiende por respeto humano.

Esto basta á mi modo, de entender para conocer cuán odioso es un vicio que es á la vez contrario al honor y á la razón.

La historia presenta un hecho memorable que nos da muestra hasta dónde puede conducirnos este vicio; este hecho es la condenación de Jesús por Pilatos. Sabe éste que Jesús es inocente; él mismo lo declara públicamente y en alta voz, y sin embargo, se deja arrastrar hasta el

punto de condenar á Jesús á muerte. ¿Quién le ha dictado esta sentencia? ¿Quién le ha obligado á cometer una infamia semejante? El miedo y sólo el miedo. Los acusadores de Jesús no hicieron otra cosa sino hablar á Pilatos del disgusto del César; esto bastó para que triunfaran. Al considerar que podía el César estar enojado, Pilatos, en vez de erguirse en su ultrajada dignidad, tiembla en su tribunal, y hollando con sus propios pies la honra y la justicia, da una sentencia de muerte contra el inocente. Tal es con todo su horror el respeto humano puesto en acción. Al oír la sentencia, la muchedumbre que rodea al juez deja estallar su sanguinaria satisfacción por medio de estrepitosos aplausos. Mas la embriaguez del delirio dura sólo unos cuantos momentos, y la conciencia humana pronuncia á su vez la sentencia de Pilatos, sin perdonarle y sin que le perdone jamás. Tal es el crimen del cobarde á quien el miedo hizo obrar tan vilmente; los siglos pasarán y la humanidad seguirá maldiciendo su nombre.

¿Cuántos hombres cometen en nuestros días el mismo crimen sin apercibirse de ello! lo hacen sin saberlo, pero ¿son por eso menos culpables? Hacer traición á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, hacer traición á la verdad, á la moral y á las leyes que ella nos impone, es hacer traición al mismo Jesucristo, es posponerle al mundo, es ser peor que Barrabás. Los soldados del pretorio le escupieron la cara; y no hacen por cierto otra cosa los que se hacen cómplices del respeto humano.

¿Somos hijos de Dios y nos avergonzamos de Él? ¿Somos cristianos y nos da miedo confesarlo? Llevamos en la frente desde nuestro bautismo el signo de la honra y de la gloria, ese signo inmortal, ese signo sagrado, y quisiéramos borrarlo de ella y pisotearlo, parecidos al soldado, que en vez de enarbolar el pendón confiado á su valor lo arrastra en el lodo.

Cuidado, hermanos míos; no olvidemos que el que de este modo desconoce su origen, su nobleza y sus deberes; el que teniendo la fe en el alma trata de ocultarla exteriormente, podrá ciertamente esquivar algunas frases irónicas y desagradables y quedar bien ante algunos, pero nunca podrá ser tenido por hombre de honor. El honor es el patrimonio de los hombres de principios, de los valerosos, de los que son fieles y de los que saben confesar altamente y con orgullo que tienen temor de Dios.

El mundo sabe muy bien todo esto y nunca estimará á los que semejantes á las veletas giran según el viento que sopla; al contrario, despreciará siempre á los que cobardemente se ocultan cuando llega el tiempo de presentarse. Este es el juicio que en esta vida les espera.

Respecto del que en la otra les espera si no se convierten, será espantoso. Nuestro Señor nos prueba en el Evangelio cómo tratará á los que se avergüencen de Él. «El que se afrentase de mí y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre, cuando viniere con su majestad y con la del Padre.» *Qui me erubuerit et meos sermones, hunc filius hominis erubescet cum venerit, in majestate sua.* (Luc., IX, 26).

Hermanos míos, no titubeemos por más tiempo. Per-tenece-mos á la raza de los mártires y de los santos, es decir, que estamos en las filas de los valientes y jamás tendremos miedo. El día de nuestra confirmación, el obispo trazó en nuestras frentes el signo glorioso de la cruz, no lo olvidemos y guardemos con orgullo nuestra fe.

Lo que nos pierde hoy, es que ya no hay fuerza moral y cada día desaparece más y más la energía que la sostenía. Es preciso que luchemos contra esta decadencia. Así lo exigen de nosotros la religión y la patria. Pongámonos, no del lado de los que se contentan con adorar á Dios en el santuario de su corazón ó en el de su familia, sino

de aquellos que rinden á Dios los homenajes públicos que le son debidos.

Lo he dicho ya; las almas católicas han recibido un soplo de vida y de valor que les viene directamente de nuestra buena Madre de la Misericordia. Los primeros grupos que se dirigían á los santuarios de María llevando la cruz en su pecho y en sus manos el santo rosario, provocaban la hilaridad de muchos; pero las oleadas de pasajeros que sin intimidarse á causa de las risas iban y venían sin cesar, pusieron coto á las injurias; que cesaron ya y no comenzarán de nuevo.

Los libre-pensadores no se ríen ya, sino que nos respetan, aun cuando sea mordiéndose los labios. Los católicos han acabado por preguntarse cuántos eran, y han visto que son millones; han arrastrado tras de sí á los vacilantes; los que eran ya fuertes han cobrado nuevo vigor, y hoy forman un ejército perfectamente organizado, compuesto de soldados decididos que creen y confiesan donde quieran lo que son y lo que valen. Unámonos con ellos.

No temamos, hermanos míos, porque con nosotros van la verdad, el derecho y la honra. Sólo el Evangelio puede salvar el mundo y las almas: pero confesándolo y proclamándolo. Esto será lo que hagamos todos nosotros con el favor de María. Así SEA.

Hermanos míos, no olvidemos por más tiempo que pertenecemos á la raza de los mártires y de los santos, en que estamos en las filas de los valientes y jamás tendremos miedo. El día de nuestra construcción, el obispo trazó en nuestras frentes el signo glorioso de la cruz, no lo olvidemos y guardémoslo con orgullo nuestra fe. Lo que nos pierde hoy, es que ya no hay fuerza moral y cada día desaparece más y más la energía que la sostiene. Es preciso que lechemos contra esta decadencia. Así lo exigen de nosotros la religión y la patria. Ponámonos no en del lado de los que se contentan con adorar á Dios en el santuario de su corazón ó en el de su familia, sino

MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA VEINTINUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Cum acceperit Deus animam meam, honorem habebis matri tuæ omnibus diebus vitæ ejus.

Tob., IV, 3.

Tibi dixit cor meum: Exquisivit te facies mea; faciem tuam, Domine, requiram.

Psal., XXVI, 13.

Laus mea tua es, Domine; diem hominis non desideravi.

Jerem., XVII, 16.

Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animæ. Anima mea desideravit te.

Isa., XXVI, 8.

Atteruati sunt oculi mei suspicientes in excelsum, Domine.

Isa., XXXVIII, 14.